

Tedi López Mills

En el reino de la imperfección

Pura López Colomé

Después de la destrucción de Babel, diría George Steiner, la traducción se hizo un hecho fundamental para la comprensión de los otros y de nosotros mismos. Pura López Colomé comenta y celebra Traslaciones, de Tedi López Mills, monumental compilación de traducciones de poetas mexicanos nacidos entre 1939 y 1959.

Nadie entre nosotros ignora que el título es definitorio de una obra. Si se le toma en serio, tiene que encarnar un espejo, ya sea para su mayor gloria o su condena. *Traslaciones* resulta un nombre perfecto para todo lo que este libro incluye, tanto en su acepción física como astronómica: “(Fís) Movimiento lineal de un cuerpo tal que si se traza una línea a partir de uno de sus puntos, ésta se mantendrá siempre paralela a la dirección que tenía inicialmente. (Astron) Movimiento lineal de un astro que gira en torno a otro, como el de la Tierra alrededor del Sol, que dura un año”. De donde trasladar —y aquí viene lo bueno: se conjuga como amar— significa llevar o mover un cuerpo o a una persona de un lugar a otro. La referencia de la Tierra en torno al Sol es ya elocuente; pero que además tenga que ver con el amor, corona el tiro al blanco del quehacer de la traducción poética.

Todos los proyectos de Tedi López Mills llaman a la continuidad. Yo siempre quise que la *Gaceta* del FCE, durante la época en que ella la dirigió, se prolongara; lo mismo he de decir del *Anuario de poesía mexicana*, cuyo fin espero que en realidad no sea tal. En ambos casos, había un criterio rector que, sin embargo, permitía a los contenidos hablar por sí mismos. *Traslaciones* se define en estos términos, ofreciendo el valor agregado de presentarse como homenaje a *El surco y la brasa*, llevándo-

lo más allá. De veras espero que todavía me toque asistir a la publicación de una antología semejante de poetas-traductores nacidos a partir de 1959, para no lamentar la ausencia de la editora en calidad de autora.

PARA ENTRAR EN MATERIA

Lo primero que da relevancia al volumen es, desde luego, el hecho definitorio de que se trata, a diferencia de su predecesor —el antes mencionado libro de Marco Antonio Montes de Oca—, de una entrada en escena no de traductores a secas, sino de poetas-traductores. La editora reconoce que estos seres se cuecen aparte, porque ella misma pertenece al grupo y sabe muy bien lo que el quehacer implica. Aunque admite “calcar” al *Surco*..., no quiere incluir a prosistas, dramaturgos o historiadores. Prefiere contar con creadores que, además, ejerzan su poder de elección y muestren sus poemas favoritos, cuando ella pudo haber impuesto su gusto, como casi seguramente lo hizo Montes de Oca. No. Optó por la libertad, por que cada uno se mostrara tal cual, aunque quizás a ella los poemas no le gustaran o incluso pudieran parecerle fallidos. Ella convoca, invita, y se hace a un lado con lujo de objetividad, haciendo gala de princi-

pios funcionales: lograr que el engranaje se eche a andar y camine por su cuenta.

El prólogo gira, pues, no en torno a las realizaciones concretas de cada uno de los convocados, sino a la tan llevada y traída posibilidad/imposibilidad de la actividad en cuestión, y al arte mismo, no a quienes lo ponen en práctica. Porque, según lo constatará el lector atento, no todos estos poetas son impecables traductores: hay incluso casos de poetas cuyas traducciones son mejores que su propia poesía, y viceversa.

El de López Mills es, pues, un espléndido texto introductorio que se antoja que la autora alargue un día de éstos, justamente llenándolo de ejemplos y detalles que lo conduzcan más allá de las fronteras filosóficas, digamos, al modo de *Después de Babel*, de George Steiner. Se escucha en cada párrafo el motor de un pensamiento que deriva no en esquematizaciones o dictados *ex cathedra*, sino en un estilo dialogístico, casi propio del debate: quien escribe, se pregunta y se responde. Siempre está tratando de resolver asuntos espinosos, no nada más de quedarse en un mero cuestionamiento. Dice, por ejemplo, que lo que se escapa al transvasar el líquido poético es el espíritu... Pero no nos deja ahí. Agrega: sin embargo, gracias a esta acción surge otro espíritu... Aquí es donde nos gustaría escuchar un ejemplo, quizá; mas quien estas ideas conduce, empuja al lector a tratar de encontrarlo él mismo, o bien percatarse de su ausencia. Por un lado, sugiere que en un mundo ideal, “apostaríamos por un traductor capaz de discernir el instructivo que subyace en cada texto que traduzca y de no convertir accidentes felices en reglas”, cuando, por otro lado y mucho antes en el texto, ha insistido en el misterio que implica el ignorar por qué procedimiento se llegó a un equis descubrimiento. Claro, es que eso que llama *ideal*, no es otra cosa que lo que ha concluido después de recorrer los distintos modos de explorar estos terrenos, partiendo del mismo san Jerónimo y las Sagradas Escrituras: cada traductor, con su peculiar e individualísimo *modus operandi*, puede lograr desentrañar algo de ese instructivo.

Su tren de ideas la conduce, inevitablemente, a la maravillosa “teoría de la degeneración”, no otra cosa que aquello que, en el mejor de los casos, hacemos los seres humanos falibles incluso en nuestras obras de excelencia. Como ya la misma palabra bíblica sufrió el paso por el cedazo de la imperfección humana, y dado que ésta es la única con que cuenta el traductor, toda traducción refleja una cierta degeneración o, como dice el verso de Hass, “toda palabra es la elegía de lo que significa”. Para muestra basta un botón no incluido en la presente antología. El poema de José Emilio Pacheco titulado “Impureza” habla del cuerpo que la muerte vuelve “la más impura carroña”... Dejo al buen entendedor la tarea de distinguir los resortes de un gran traductor que

la transforma en “pure putrid impurity” (pura pútrida impureza)... Más allá de discutibles literalidades, la capacidad de no atender contra la pluralidad de significados en una sola palabra, característica *sine qua non* de la poesía, se ha recreado, reproducido, multiplicado a imagen y semejanza del original, dejándonos con permanentes signos de interrogación por dentro en cuanto al verso mismo a ambos lados, no en cuanto a la bondad de la traducción.

Por supuesto que a todo hay quien gane: hay de impurezas a impurezas. Si el producto final funciona de acuerdo con un imperativo moral, parece sugerir López Mills, pues se ha llegado a buen fin. No podría yo estar más de acuerdo con ella, y ella más de acuerdo con Heaney, quien ha afirmado, después de mucho practicar este arte, que la traducción no ha de ser ni muy literaria, ni muy convencional, ni muy moderna, y ha de ser fiel a un cierto decoro, una cierta castidad, una cierta integridad sostenidos. Lector: somete a todos estos autores y a sus frutos elegidos por propia mano a estos sencillos estándares estrictamente operativos, afirma la edi-



tora *entre* líneas, después de recorrer *sobre* esas líneas los caminos y veredas que desde la antigüedad ha tomado la traducción poética, cómo se le ha concebido, respetado, despreciado y vuelto a valorar.

Por sabido se calla —nos susurra al oído—, no basta con esto. Lo esencial es el arte. No se traduce sólo para aprender, como quería Alfonso Reyes, sino para seguir creando.

EN LA MATERIA MISMA

Si Tedi López Mills se abstiene, con lujo de prudencia y discreción, de comentar los logros de treinta y tres traductores, yo me limitaré a hacer nada más algunas puntualizaciones con objeto, sobre todo, de seguir invitando al lector sin necesariamente guiar o influir en su lectura.

En cada uno de los convocados, en su personal selección, de inmediato sale a flote, primero, el motivo general para traducir: hay poetas para quienes esta actividad es cuestión de disciplina y oficio; otros que la practican por tomar inspiración del poema original, cosa por demás válida; hay quienes lo hacen por devoción a una tradición bien distinta, capaz de enriquecer la propia (caso del verso inglés de Thomas Wyatt, que evolucionó gracias a una traducción de Petrarca), abriendo las ventanas de su habitación para limpiar el aire enrarecido, o por devoción a un poeta en particular; hay quienes se quieren lucir simple y llanamente, haciendo alarde de capacidades formales, aunque el espíritu sí se les escape, poniendo frente a todo el mundo su don de lenguas, su poliglotia (que a ratos termina en glosolalia); hay quienes, sin proponérselo, muestran sus heridas burlándose, exhibiendo su frivolidad; hay quienes obran por amor a lo expresado o por amor a la forma elegida o por ver la pertinencia de uno en la otra; hay quien peca de modestia; hay quienes están haciendo la tarea; hay quienes quieren genuinamente aprender de mil maneras; hay quienes distinguen resortes poéticos comunicantes, y buscan no enloquecer con los propios, echando mano de un salutífero río subterráneo constante, que alivie lo elusivo de la propia poesía; hay quienes no se dan por vencidos jamás, a sabiendas de las enormes lecciones que sólo practicando este oficio se pueden asimilar, jamás considerándose bien servidos con la lectura más/menos acuciosa de tal o cual admiradísimo autor; y hay quienes quieren salir en la foto: hay de todo en esta generación, de todo en la viña privilegiada de esta actividad. Pero eso sí: uno sabe de golpe, de inmediato, cuando se halla frente a un trabajo de amor ganado, premiado con ese “buen poema en español”; cuando alguien en serio logró su cometido. Así lo resume Zbigniew Herbert:

Sobre la traducción de poesía

Cuando el torpe abejorro
se ha posado sobre la flor
hasta doblar el fino tallo,
se abre paso entre las filas de pétalos
parecidos a hojas de diccionario,
se encamina hacia el centro
donde están el perfume y el néctar
y aunque está resfriado
y le falta el gusto
sigue adelante
hasta golpear con la cabeza
contra el pistilo amarillo
y hasta ahí llega,

es difícil penetrar
por el cáliz de las flores
hasta la raíz,
así es que el abejorro sale
muy orgulloso
y zumba en voz muy alta:
estuve dentro,
mientras que a aquellos
que no le creen del todo
les muestra la nariz
amarilla de polen

Ahora que, si de compromisos se trata, casi todos los incluidos en esta antología los tienen de una u otra manera, sean sus motivos más o menos *puros*. Y aunque seleccionen un mosaico de poemas traducidos de varias lenguas, en general hay una de éstas que se trasluce como la que mejor manejan, como su mejor testimonio de ese otro lado de Babel.

Llegado este momento, debo admitir que no me siento capaz de desestimar el trabajo de ninguno de los poetas-traductores incluidos, que ya podrían no haberse dedicado a esto y, en cambio, haberse concentrado sólo en llevar más agua a su molino, en trabajar más para su mayor gloria. De uno u otro modo, todos demuestran su valoración total por esas fuentes de inspiración que se dan primero en otras obras; en el fondo, resplandece por todas partes en este libro el deseo imperioso de verter esa “naturalidad del prodigio” a la propia y amada lengua. Esto último es mi emblema elegido, más allá de mis fantasmas y limitaciones, al escribir poesía y al traducir, es decir, al reescribir y volver decible lo ya dicho. Infinitamente mejor que yo lo expresa este poema de Tomas Venclova, en traducción de Gerardo Beltrán, uno de los mejores autores incluidos en *Traslaciones*: “Comentario”. **U**

Tedi López Mills (compiladora), *Traslaciones. Poetas traductores 1939-1959*, FCE, México, 2011, 857 pp.